

vió á firmar tan repugnante relacion. Todos empezaron á llorar un príncipe que solamente era infeliz por su excesiva bondad y por la perfidia de los que más la habian experimentado, y el mismo exceso de sus desgracias le abrió el camino para salir de ellas.

Entretanto Lotario, que solamente escuchaba á su genio imperioso, se puso á disponer de todo, sin consideracion alguna á las pretensiones de sus hermanos, y viendo que se habia mudado completamente la disposicion de los corazones, por temor de que le quitasen á su padre, le llevó á Aquisgran, en donde le trató peor que en Soissons. Ya los sentimientos de la naturaleza sostenidos con los motivos de interés, volvieron á recobrar su imperio en el corazón de los príncipes Luis y Pipino, y se coligaron los dos contra Lotario, el cual huyó de la Germania asustado, y fué á París con el emperador su prisionero; pero allí vió á los franceses mudados contra él que en ninguna otra parte, y leia en todos los rostros la pública indignacion pronta á estallar contra su persona. Para librarse de los últimos peligros apeló de nuevo á la fuga; pero dejó su prisionero en San Dionisio, y de todas sus maldades no llevó mas que los remordimientos crueles de que jamás pudo deshacerse (854).

Así que los señores franceses supieron en donde se habia quedado el emperador, acudieron de todas partes á ofrecerle su sumision; y Luis, olvidando todo lo pasado, los recibió con su ordinaria bondad: hizo juntar los obispos, y quiso ser reconciliado solemnemente en la Iglesia antes de volver á tomar las insignias de la dignidad imperial. Inmediatamente despues reconoció la necesidad de extinguir las reliquias de la guerra civil, que Lotario continuó solo, pero con el furor y rabia de una fiera cuando la han hecho saltar la presa. Con muer-

tes, incendios y horribles desolaciones se vengaba en los súbditos de la obediencia que prestaban á su soberano; pero al fin, cortado por todas partes, y no pudiendo esperar otra cosa, á bien librar, que morir de hambre con todo su ejército, se resolvió por segunda vez á echarse á los pies de su padre, el cual se contentó tambien en esta ocasion con desterrarle á su reino de Italia.

En el año siguiente (855) convocó el emperador un Concilio en Thionville con el fin de anular canónicamente cuanto se habia hecho contra él (1). Concurrieron á él entre obispos y arzobispos hasta cuarenta y cuatro. Presidieronle Hetti de Tréveris y Drogon de Metz, capellan mayor, y calificado de arzobispo por estar revestido del pallio. La mayor parte de los prelados culpables se habian retirado á Italia con Lotario. Ebbon, que habia sido arrestado el año antecedente, y encerrado en la abadía de Fulda, fué llevado á Thionville; quiso al principio disculparse con lo mismo que agravaba su delito, esto es, con la multitud de cómplices que habia seducido ó precipitado en los mayores excesos; mas como se habia pasado el acceso y la fuerza del delirio público, se vió precisado á condenarse á sí mismo para evitar la vergüenza de ser depuesto de un modo mas humillante. Consiguieron los obispos que por honor del episcopado se le juzgase en la sacristía sin la presencia de los legos, y allí entregó al Concilio un acto de dimision concebido en estos términos: «Yo Ebbon, indigno obispo, penetrado de la grandeza de mis pecados, y queriendo salvar mi alma con la penitencia, renunció á las santas funciones del episcopado que he profanado, y para que se pueda dar mi plaza á otro pastor que gobierne mejor que yo la Iglesia, firmo de mi mano este acto.» Leida esta declaracion

(1) Coint. an. 830, n. 57; an. 834, n. 4.

en el Concilio, la ratificó Ebbon de viva voz, y despues pronunciaron los obispos la sentencia en estos términos: *dejad el ministerio, segun vuestra propia confesion.* Jonás de Orleans escribió el acta de deposicion, y Ebbon la firmó tambien: se remitió un ejemplar al sacerdote Foulques, abad de San Remigio, electo arzobispo de Reims, pero el emperador no le dejó ordenar hasta que tuvo el consentimiento del Papa acerca de la deposicion de Ebbon. Parece que Hilduino, que habia recobrado su abadía de San Dionisio antes de los últimos alborotos, no tuvo parte en ellos, sino que permaneció fiel al emperador, que le habia perdonado sus primeros estravios. Tampoco puede ponerse en duda que hicieran una penitencia ejemplar otras personas virtuosas, á lo menos aquellas que se han tenido por dignas de culto público.

El cuerpo del clero nacional, desde el punto en que se vió libre, reparó del modo mas brillante el escándalo que habian dado muchos de sus individuos. Todos los obispos juntos en Thionville accedieron con la mayor solicitud á los deseos del emperador, el cual queria verlos desaprobando por escrito cuanto se habia hecho contra su persona. Declararon, pues, que no solamente era injusta y temeraria la deposicion de su soberano, sino que el espíritu de rebeldia habia producido en aquella ocasion una maldad no conocida en los siglos anteriores, añadiendo que la potestad eclesiástica y la secular tenian cada una su esfera distinta. «Por tanto, añaden hablando con el emperador, pensamos que el único medio de apartar los desórdenes es que conservando religiosamente á los obispos en el goce de todo el poder espiritual que Jesucristo les ha dado, useis vos de todo el que teneis igualmente de Dios en el orden político.» Para restablecer con mas solemnidad al emperador, pasaron los Padres del Con-

cilio desde Thionville á Metz, plaza mucho mas considerable. Se cantó una misa, durante la cual siete arzobispos rezaron cada uno una oracion diferente sobre el emperador para reconciliarle con la Iglesia, ó por mejor decir, para quitar los escrúpulos de su conciencia timorata. Drogon, acompañado de Ebbon, que de este modo hacia una especie de reparacion de su culpa, subió al medio de la misa al púlpito, y leyó al pueblo todos los escritos de los obispos sobre la justificacion y restablecimiento del monarca: despues le coronaron de nuevo los prelados entre las aclamaciones de la multitud, que no sabia cómo explicar su contento. De este modo fué reparado casi tan presto como se habia dado el primer ejemplo (despues del de los obispos de España (a) contra el rey Wamba) de una empresa formada á pretexto de penitencia por los individuos mas imperiosos del clero de Francia. Ademas de esto, se debe observar que los prelados que dieron el mal ejemplo no obraban tanto como obispos, cuanto como primeros vasallos autorizados por el Estado para intervenir en los mayores negocios, y aun para la eleccion de los soberanos. La preocupacion sobradamente esclusiva de este derecho es lo que dió lugar al estravio de tantos hombres, que eran por otra parte recomendables por su ciencia y su piedad (1).

Tal era entre otros el monge Ratberto, por sobrenombre Pascasio, segun la costumbre de aquellos tiempos, que era añadido al nombre bárbaro algun sobrenombre romano (2). Educáronle los monges que servian de capellanes á las religiosas de nuestra Señora de Soissons, abrazó la vida monástica en Corbia, y llegó á ser su abad.

(a) Véase lo que dijimos en la nota de la página 356 de este tomo acerca de la penitencia del rey Wamba. (N. del E.)

(1) Véase el Concilio XIII de Toledo celebrado en 681, p. 2.

(2) Mabill. *praef.* tom. 6. (1)

Compuso muchas obras de Religion; pero su tratado de la Eucaristía hizo mucho ruido y le mereció mucha estimacion, no obstante que no es obra esquisita ni de controversia ni de ideas singulares, sino una sencilla esposicion de la fé que compuso (831) á ruego de su discípulo Varin, abad de la nueva Corbia, para instruccion de los jóvenes sajones que se educaban en aquel monasterio; por lo que compara su libro á la leche que se da por alimento á los niños. No puede haber cosa más formal ni más terminante que lo que dice de la presencia real del Salvador en el Sacramento de nuestros altares y del milagro de la transubstanciacion. Empieza trayendo á la memoria la idea de la omnipotencia y eficacia de la divina voluntad; de donde infiere, que habiendo querido el Hijo de Dios, segun él mismo declaró, que su verdadera carne y su verdadera sangre estuviesen en el Sacramento de su amor bajo las apariencias de pan y de vino, se debe creer sin la menor duda, que despues de la consagracion lo que todavía parece pan y vino no es otra cosa que la carne y la sangre de Jesucristo, la misma que nació de la Virgen, que padeció en la cruz, y que salió gloriosa del sepulcro (1); que así como sin la fé no se hubiera podido reconocer por Hijo de Dios al Hijo del Hombre que padecía en la cruz, así tambien vemos por la misma fé la carne de Jesucristo oculta bajo las especies de nuestros alimentos ordinarios; y que el gusto y las apariencias de pan y vino permanecen despues de la consagracion para ejercicio y mérito de nuestra fé. Añade, que este Sacramento es al mismo tiempo verdad y figura: verdad, porque realmente contiene el verdadero Cuerpo y Sangre del Salvador; figura, porque cuando el sacerdote sacrifica todos los días sobre el altar, nos recuerda

(1) Conc. 1, p. 1533.

la memoria de aquel sacrificio que ofreció Jesucristo una vez en el Calvario. Pero ¿cómo se obra este misterio inefable? Confieso, responde, que mi fé es superior á toda mi ciencia; en virtud de estas palabras divinas y omnipotentes: *Este es mi cuerpo, esta es mi sangre*, lo que antes no era mas que vino mezclado con agua, se convierte en sangre y en la misma sangre que fué derramada por la salud del mundo. La misma verdad sostiene Ratberto invariablemente en sus demas escritos. Hizo una compendiosa coleccion de los rasgos que se hallan esparcidos en la tradicion sobre esta materia, esplicó los testos oscuros, y algunos en particular de San Agustin, por otros mas claros que no admiten otra interpretacion, tales como aquel pasage del sermon en que este Padre decia á los neófitos: «Recibid en el pan lo que estuvo pendiente en la cruz, y en el cáliz lo que corrió del pendiente de Jesucristo.» Asegura que toda la Iglesia universal tiene acerca de la Eucaristía la fé que él profesa; que la confiesa en todas las naciones y lenguas; que todas las liturgias justifican lo que él dice; y que las oraciones del cánon de la misa dan un testimonio tanto mas cierto, cuanto se las cree instituidas por San Pedro. ¿Será necesario advertir aquí que en cualquiera tiempo y circunstancias que Ratberto diese á luz esta obra, si hubiera publicado como indisputables unos puntos de creencia en que era tan fácil convencerle y confundirle, no habrian guardado silencio todos los pastores y todos los pueblos? ¿Habrian de haber hecho tan cobardemente traicion á su fé en un punto que es el fondo del culto público y en el que la innovacion no tiraba á menos que á hacer idólatra toda la Iglesia, dándola á adorar el pan material en lugar del Hijo de Dios?

Sobre la misma materia escribieron en aquel tiempo muchos sabios, y entre otros

Haimon, obispo de Alberstat, que con la misma claridad de Pascasio atestigua la fé de la transubstanciacion. En su tratado del Cuerpo y Sangre del Señor, se lee en términos formales que por la eperacion del poder divino la substancia ó naturaleza del pan y del vino se muda substancialmente en otra substancia (1); es decir, en la carne y sangre de Jesucristo; añade que es impiedad el dudarle y que el gusto y figura del pan y del vino permanecen en el Sacramento para que no tengamos la repugnancia que en el estado ordinario de las cosas tendríamos en beber la sangre, y comer la carne humana.

Rábano, tratando el mismo punto, y atestiguando en el fondo la misma verdad, se explica algunas veces de un modo, del cual no han dejado de valerse las últimas heregias; pero ante la unanimidad irrefragable de la tradicion sobre este punto, ¿qué podrán citar en su favor sino algunos testos aislado y de doble y equívoca significacion? Tal es en particular el pasage en que Rábano se explica en estos términos: «algunos que no piensan bien acerca del Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, enseñan que el Cuerpo que nació de la Virgen, que padeció en la cruz, que salió vivo del sepulcro, es el mismo que se recibe en el altar.» De estas palabras de Rábano sacan los sacramentarios un grande motivo de triunfo; pero el mismo Rábano los confunde, enseñando en una multitud de pasages mas claros y mas bien explicados el dogma de la presencia real y de la transubstanciacion. No rebate pues aquí estos puntos de fé; lo que pretende es que no se debe decir que el cuerpo del Salvador en la Eucaristía esté absolutamente del mismo modo que en la cruz, porque en el Sacramento no está en el estado natural y pasible como en la cruz.

(1) *Spicileg. tom. 12, pag. 27.*

Mayor dificultad hay en otro escrito que se atribuye comunmente al sacerdote Bertramo á Ratramo, monge tambien de Corbia, y que algunos hombres ilustrados le tienen por el libro de Juan Scot, en el que Berengario bebió sus errores. A estos últimos críticos les pareció demasiado malo para poderle justificar. Los que le atribuyen á Ratramo, esplicando las espresiones duras y oscuras con otras mas claras y mas exactas, han sostenido que el sentido que resultaba de toda la serie de la obra nada tenia que no fuese conforme al sentir católico. El autor de la *Perpetuidad de la fé* y Mabillon en el *prefacio del siglo XIV de los benedictinos*, han demostrado que esta obra oscura es mucho mas favorable á los católicos que á los sacramentarios. Pero no toca á la historia entrar en esta discusion, y así nos basta esponer los hechos; además de que el modo de pensar de un autor particular, y solo entre otros mil que le desmienten, importaria muy poco á la fé que es lo que forma nuestro objeto principal.

La iglesia de Oriente en el imperio de Teófilo, que habia sucedido á su padre Miguel el Tartamudo desde principios de octubre de 829, nos presenta hechos mucho mas análogos á nuestro designio. Teófilo manifestó al principio gran celo por la justicia y aun por la Religion: hizo florecer el comercio, favoreció á las ciencias, y hermoseó la capital con suntuosos edificios; pero entregándose despues á la mania de los griegos por las disputas de religion, se declaró altamente en favor de los iconoclastas, y pasó con su persecucion mas allá que su padre (1); pues no solo prohibió honrar las imágenes, sino tambien hacerlas y conservarlas (832). Por lo cual, despues de haberlas borrado nuevamente en las iglesias,

(1) *Post. Theoph. lib. 2, n. 3.*

y quemado públicamente las que eran más reverenciadas, llenó las cárceles de pintores, de católicos celosos, de obispos, y sobre todo de los santos solitarios que Teófilo no podía sufrir, y así prohibió generalmente que entrasen en las ciudades y que se presentasen en el campo; de suerte, que reclusos en sus celdas y desprovistos de las cosas más necesarias á la vida, los que no quisieron disfrazarse para ir á buscar su subsistencia, murieron de hambre en gran número en sus monasterios, los cuales no fueron ya sino verdaderos sepulcros. En cuanto al comun de los fieles, hasta en los lugares habia inexorables exatores encargados de oprimir con impuestos á los que no abjurasen el santo culto.

Con todo eso no pudo el emperador hacer que renunciasen al culto de las imágenes su muger Teodora, ni Teoctista su suegra. Tenia él cinco hijas, á las que esta princesa su abuela atraía con frecuencia á su casa para preservar su tierna fé de los peligros de la seducción (1); aficionábalas por medio de algunos regalitos, y las exhortaba á resistir sin miedo al emperador su padre en todo cuanto las pidiese contra la orden de Dios, que es nuestro verdadero Padre y nuestro Supremo Señor. Instruyendo de este modo á aquellas almas tiernas y flexibles, tomaba algunas imágenes que tenia en una cajita, las aplicaba á su rostro y las besaba con devoto afecto. Un día las preguntó el emperador qué tal las recibia su abuela, y qué era lo que pasaba en sus visitas de que tanto gustaban. La más jóven, llamada Pulqueria, todo lo contó con la sencillez de una niña, mostró los regalos que habia recibido, y añadió: «tiene mi abuela en su cajita otras figuras mucho más bonitas: las coje con respeto, las pone sobre su cabeza, y

(1) Post. Theoph. n. 5.

las dá repetidos besos.» Esto le llegó al emperador á lo vivo porque comprendió lo que era, mas no se atrevió á romper por el respeto que tenia á su suegra, que era muger de juicio, de valerosa piedad, y la única que se atrevió á hacerle presente cuán odioso le hacia á todo el mundo la persecucion que habia movido; contentóse, pues, con mandar que no fuesen sus hijas tan á menudo á la casa de esta maestra virtuosa.

Muchos católicos, sin hablarle con la misma libertad, resistieron con no menos eficacia á sus seducciones, y entre otros algunos monges del monasterio de San Abraham; tuvieron valor hasta para hacerle ver en los más antiguos Padres, tales como San Ireneo y San Dionisio, que la vida monástica, que él miraba con horror, estaba en gran veneracion desde los primeros tiempos de la Iglesia; y para probarle que desde los días de los Apóstoles eran reverenciadas las imágenes, le citaron el retrato de la Santísima Virgen hecho por San Lucas, y la milagrosa imagen de Jesucristo que el mismo Señor habia impreso en un lienzo, tradiciones piadosas y respetables generalmente recibidas. El tirano no les dió más respuesta que echarlos de Constantinopla, despues de haber hecho les despedazasen el cuerpo á azotes, y con tanta crueldad, que poco despues murieron. Sus cuerpos aunque se quedaron por largo tiempo sin sepultura permanecieron incorruptibles, y fueron honrados como reliquias insignes.

A un monge llamado Lázaro le aborrecia más que á todos, porque con una vida muy arreglada poseía gran talento para la pintura; y no pudiendo ganarle con promesas ni amenazas, le hizo azotar de tal modo que caía la carne á pedazos, y no se creía que pudiese sobrevivir (1); pero ha-

(1) Bolland. ad 12 febr.

biéndose restablecido algun tanto en la prision, volvió á hacer santas pinturas. El emperador, entonces le hizo abrasar las manos con planchas de hierro encendido, y por respeto á la emperatriz le dejaron escapar de la cárcel. Estuvo despues oculto, continuando siempre en hacer el mismo uso de su arte. En aquel retiro hizo un retrato de San Juan, que se conservó largo tiempo despues, y se hizo célebre por una multitud de curas milagrosas.

San Teodoro Grapt y San Teófanés su hermano, á quienes habia maltratado tanto el emperador Miguel, fueron tambien cruelmente azotados en tiempo del imperio de Teófilo, y despues desterrados á la isla de Aphusia (1). Pasados dos años los hizo volver á Constantinopla, como que eran las dos personas cuya constancia deseaba con ansia vencer por ser grande su capacidad y su virtud. Cuando llegaron los encerraron en el pretorio, y seis días despues, en el 14 de julio, los llevaron á la audiencia del tirano, habiendo en su tránsito multitud de cobardes aduladores que les decian mil injurias y maldiciones. «¿Quiénes son estos miserables para no obedecer al emperador?» decian unos. «Es preciso, decian otros, que estén poseidos de los demonios más malos.» De este modo esplicaba cada cual su insolente malignidad. A las cuatro de la tarde los introdujeron en la pieza que llamaban la sala dorada, precedidos del gobernador: inmediatamente se retiró este oficial, y los dejó con el emperador, el que les pareció tener siniestro aspecto, y así le rindieron sus respetos desde lejos y temblando. Él les dijo en un tono terrible, que se acercasen más, y despues les preguntó en qué país habian nacido, y ellos digeron titubeando que en el país de los moabitas. «¿Pues á qué habeis venido aqui?» replicó en tono

todavía más espantoso; y sin esperar respuesta mandó que los azotasen. Fueron tantos y tan fuertes los golpes que les dieron en el rostro, que cayeron del todo aturdidos, y si Teodoro no se hubiera agarrado del vestido del verdugo, este miserable, para hacer á su modo la corte, le habria roto la cabeza contra las gradas del tribunal, pero el confesor no le soltó hasta que cesó de golpearle.

El feroz tirano les preguntó de nuevo para qué habian ido á Constantinopla si no tenian su creencia, y como ellos bajasen los ojos sin atreverse á responder, se volvió muy enojado á un oficial que estaba cerca, dió algunas miradas terribles, y dijo con una voz que podia helar de terror la sangre: «Cojan á esos malvados, imprimenles los versos en el rostro, y entréguenlos á dos sarracenos que los lleven á su país.» Los versos eran doce malos jámbicos, que en sustancia significaban que Teodoro y Teófanés refugiados en Constantinopla sin haber renunciado á sus supersticiones, iban desterrados de allí como dos vasos de iniquidad y marcados en el rostro como malhechores. Despues de leer estos versos les dijo el emperador: «vosotros en saliendo de aquí os ireis jactando de que habeis triunfado de mí; pero yo quiero burlarme de vosotros mientras os tengo en mi poder.» Al punto los mandó desnudar y azotar cruelmente, y durante la ejecucion no cesaba él de gritar animando á los verdugos. Los confesores no dijeron más que estas palabras: «Señor, nosotros nada hemos hecho contra vuestra Magestad: gran Dios, tened misericordia de nosotros: Virgen Santísima, venid á socorrernos.»

Despues de haberles ensangrentado todo el cuerpo los hicieron salir; pero Teófilo, tan mudable como la manía estravagante que le agitaba, mandó que volviesen á entrar; y buscando nuevo pretexto de queja les

(1) Sur. 26 dec.